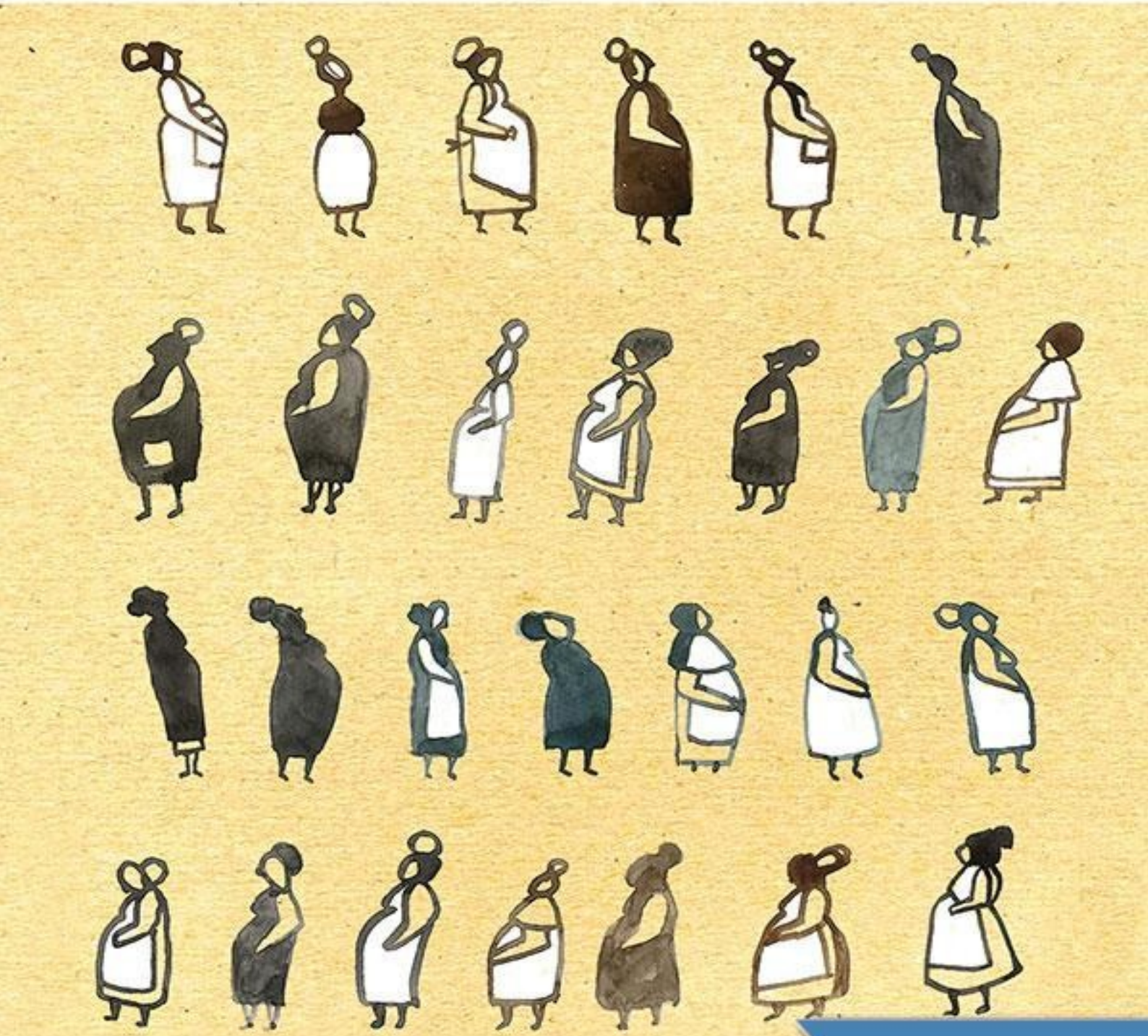
Jonathan Swift

Una humilde propuesta

Ilustrado por Raquel Marín

Edición bilingüe



Lectulandia

Escrito en 1729, este magnífico texto satírico comienza así: «Para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país y para que se conviertan en algo de provecho para el pueblo».

Sin desvelar su propuesta, podemos decir que Swift hace todo lo posible para apoyar sus argumentos, incluyendo cálculos que muestran los beneficios financieros que de ella derivarían.

La ironía con la que el autor hace esta crítica social es la clave del texto y debe ser la clave de su lectura.

¿Estamos preparados para esta humilde propuesta?

Lectulandia

Jonathan Swift

Una humilde propuesta

ePub r1.0
Daruma 20.10.13

Título original: *A Modest Proposal*
Jonathan Swift, 1729
Traducción: María José Chuliá García
Ilustraciones: Raquel Marín
Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com





Para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país y para que se conviertan en algo de provecho para el pueblo.

Hay cierto asunto que provoca un sentimiento de melancolía en aquellos que caminan por esta gran ciudad o que viajan por el país y se manifiesta cuando se encuentran los caminos, las calles y las puertas de las posadas plagadas de mendigos del sexo femenino, con tres, cuatro o seis hijos vestidos, todos ellos, con harapos e importunando a cada viajero para conseguir una limosna. Estas madres, en vez de dedicarse a trabajar para ganarse la vida honestamente, se ven forzadas a pasar todo su tiempo deambulando y mendigando para obtener el sustento de sus indefensas criaturas, las cuales, cuando crecen, terminan, bien convirtiéndose en ladrones por falta de trabajo, bien abandonando su país de origen para luchar en España a favor del pretendiente[1], o vendiéndose a los terratenientes de Barbados.



Creo que todas las partes estarán de acuerdo en que tal prodigiosa cantidad de niños en los brazos de sus madres y a menudo de sus padres, o a sus espaldas, o pisándoles los talones, supone un motivo importante de queja adicional en el deplorable estado en el que se encuentra el reino actualmente; y, por lo tanto, cualquiera que pueda concebir un método justo, fácil y barato para que estos niños se conviertan en miembros sanos y útiles para la comunidad merecería que el pueblo erigiera una estatua en su honor como protector de la nación.

Pero lejos de mi intención está limitarme a considerar tan solo a los hijos de los mendigos declarados; se trata de algo de mayor envergadura que afectará a todas las criaturas de una cierta edad que hayan nacido en una familia que, efectivamente, apenas pueda mantenerlos, siendo ese el motivo por el que se ven obligados a suplicar nuestra caridad por las calles.

En cuanto a lo que a mí me concierne, después de haber dedicado mis cavilaciones a este asunto tan importante durante muchos años y de haber analizado con madurez los planes de otros promotores, siempre he encontrado errores de bulto en sus cálculos. Es cierto que un niño recién nacido puede ser criado a lo largo de un año trópico sin mucho más alimento que la leche materna o, a lo sumo, no por mucho más de dos chelines o de su equivalente en migajas, algo que la madre puede conseguir, sin duda, gracias al legítimo oficio de pedir limosna. Y es exactamente a la edad de un año cuando yo propongo disponer de ellos para que, en vez de convertirse en una carga para sus padres o para el municipio, o necesitar comida o ropa durante el resto de sus vidas, contribuyan por el contrario a alimentar a otros miles y, en parte, a vestirlos.

Mi plan tiene además otra gran ventaja, pues detendrá todos esos abortos voluntarios y esa costumbre horrible que tienen las mujeres de asesinar a sus hijos bastardos —¡algo que es lamentablemente demasiado habitual entre nosotros!—, sacrificando a los pobres niños inocentes para evitar —me temo— más el gasto que la vergüenza, algo que podría arrancar las lágrimas y la compasión del corazón más salvaje e inhumano.



Se calcula que en este reino viven por lo general un millón y medio de almas, de las cuales, yo considero, puede haber unas doscientas mil parejas cuyas mujeres están aún en edad de procrear; a esta cifra, le resto treinta mil por las parejas que son capaces de mantener a sus propios hijos, si bien, con los actuales sufrimientos del reino, entiendo que quizá no sean tantas; pero dando esto por supuesto, quedarán unas ciento setenta mil mujeres criaderas. De nuevo descuento cincuenta mil por las mujeres que pierden a sus hijos, o cuyos niños mueren accidentalmente o por enfermedad en su primer año de vida. Solo quedan ciento veinte mil niños que nacen al año en familias pobres. La cuestión, por lo tanto, es cómo mantener y criar a esa cantidad de niños, lo cual, como ya he dicho, y en las circunstancias actuales, resulta absolutamente imposible con los métodos propuestos hasta la fecha. Puesto que no podemos darles un trabajo como artesanos o como agricultores, y tampoco construimos casas, ni cultivamos el terreno (me refiero en el campo), muy rara vez pueden ganarse la vida robando hasta que cumplen los seis años, excepto si nacen en zonas propicias, donde he de confesar que si bien aprenden mucho antes las nociones elementales, a esa edad, no obstante, solo se les puede considerar aprendices, si hablamos con corrección; y así me lo hizo saber el terrateniente más importante del condado de Cavan, quien declaró ante mí solemnemente que nunca había tenido conocimiento de más de uno o dos casos de niños menores de seis años, incluso en esa parte del reino tan renombrada por alcanzar la competencia en tales artes con tanta rapidez.

Nuestros mercaderes me han asegurado que un chico o una chica menor de doce años no resulta un artículo fácil de vender y, además, que cuando cumplen esta edad no valen, al cambio, más de tres libras, o de tres libras y media corona, lo cual no genera beneficio ni a sus padres ni al reino, si tenemos en cuenta que el coste de la comida y de los harapos equivale ya, como poco, a cuatro veces dicho importe.

Por consiguiente, acto seguido voy a exponer mis propias ideas con humildad, sin riesgo, espero, de encontrarme con la menor objeción.

Entre mis conocidos de Londres hay un americano muy entendido que me ha asegurado que un niño sano y bien criado, cuando cumple un año, se convierte en el alimento más saludable, nutritivo y delicioso, tanto si está guisado o asado, como hecho al horno o cocido; y no me queda duda de que sabrá igual de rico cocinado en fricandó o en ragú.

Por lo tanto, someto humildemente a consideración popular que, de los ciento veinte mil niños que ya he contabilizado, veinte mil puedan ser reservados para criar y, de estos, que solo sean varones una cuarta parte, lo cual es más de lo que apartamos cuando tratamos con ganado ovino, bovino o porcino; y el motivo, en mi opinión, es que estos chicos rara vez son fruto del matrimonio, una circunstancia no muy contemplada por nuestros salvajes, por lo cual un varón será suficiente para

cuatro mujeres; y que los cien mil que quedan con un año de edad puedan venderse a personas de categoría y fortuna a lo largo y ancho del reino, avisando siempre a las madres de que les dejen mamar a demanda durante el último mes, para lograr así que estén rellenitos y regordetes de cara a una buena mesa. De un niño saldrán dos platos para una comida con amigos, y cuando la familia cene sola, con un cuarto delantero y otro trasero se montará un plato bastante bueno; y si lo condimentamos con un poco de sal y pimienta, lo dejamos macerar durante cuatro días y lo cocemos después, resultará muy rico, especialmente en invierno.



He calculado que un niño recién nacido pesará unas doce libras, y si se le amamanta aceptablemente durante un año trópico, alcanzará las veintiocho libras de promedio.

Reconozco que este alimento resultará bastante caro y por eso mismo muy apropiado para los terratenientes, quienes, como ya han chupado la sangre a la mayoría de los padres, parecen detentar un derecho preferente sobre los niños.

La carne de niño estará disponible a lo largo de todo el año, pero será más abundante por marzo, quizá un poco antes o un poco después, porque según hemos sabido por un importante autor, un eminente médico francés, las propiedades del pescado aumentan la fertilidad, motivo por el cual en los países católicorromanos la época en la que nacen más niños, más que en ninguna otra, es nueve meses después de la Cuaresma. Por lo tanto, si calculamos un año desde la Cuaresma, los mercados tendrán por entonces más excedentes de lo normal, pues en este reino la proporción de niños papistas es de tres a uno como poco. Y por consiguiente, el plan producirá otra ventaja colateral, pues reducirá la cantidad de papistas que nos rodean.

Ya he calculado que el coste de la manutención del hijo de un vagabundo (en la lista he incluido a los labradores, a los obreros y a cuatro de cada cinco granjeros) será de unos dos chelines al año, incluidos los harapos; y creo que no hay caballero que se vaya a quejar por tener que dar diez chelines al año por el cuerpo de un crío bien gordo, que, como he dicho, equivaldrá a cuatro platos de carne excelente y nutritiva, si este caballero no tiene más que algún amigo especial o que su propia familia con quien cenar. Así, el señor aprenderá a ser un buen terrateniente y ganará popularidad entre sus campesinos arrendatarios; la madre obtendrá ocho chelines de ganancia neta y estará en forma para trabajar hasta que engendre otro niño.

Aquellos que son más ahorrativos (pues debo confesar que los tiempos así lo requieren) pueden despellejar el cuerpo y tratar después la piel con medios artificiales para fabricar guantes de mujer dignos de elogio o botas de verano para los caballeros refinados.



En cuanto a nuestra ciudad de Dublín, se pueden instalar para este fin unos mataderos en las zonas mejor ubicadas y podemos dar por seguro que no faltarán matarifes[2]; aunque yo preferiría recomendar que se compren a los niños vivos para prepararlos y condimentarlos aún calientes, recién pasados por el cuchillo, como hacemos cuando asamos a los cerdos.

Hay una persona muy honorable, un verdadero amante de este país cuyas virtudes tengo en muy alta estima, que realizó complacido una disertación sobre este asunto hace poco con la intención de perfeccionar mi plan. Dijo suponer que muchos caballeros de este reino, al haber acabado recientemente con los ciervos, podrían suplir perfectamente la falta de ganado con cuerpos de muchachos y muchachas jóvenes que no superen la edad de catorce años, pero que tampoco sean menores de doce; estos proliferan en todos los países; son chicos de ambos sexos, a punto de morir de hambre por falta de trabajo y oficio, y a punto de que sus padres, si es que siguen vivos, o sus familiares más cercanos, en su defecto, los abandonen. Pero con el debido respeto a ese amigo tan excelente y patriota tan merecido, no puedo estar totalmente de acuerdo con él; porque en lo que se refiere a los chicos, mi conocido americano me aseguró que, por experiencia, su carne, como la de nuestros muchachos, normalmente es dura y magra debido al continuo ejercicio, y tiene un sabor poco agradable; y el coste de engordarlos no merecería la pena. Luego, en lo referente a las chicas, creo que sería, con mi más humilde respeto, una pérdida para el pueblo, porque estas estarían a punto de alcanzar la edad de concebir. Y, como añadido, no es improbable que cierta gente escrupulosa se mostrara proclive a censurar dicha práctica (aunque de hecho muy injustamente) por acercarse un poco a esa línea que nos separa de la crueldad. Y para mí, debo confesarlo, esta siempre ha supuesto una de las principales objeciones ante cualquier proyecto, independientemente de la buena intención que tenga.

Pero, por tratar de justificar a mi amigo, este me confesó que el asunto se lo había metido en la cabeza el famoso Psalmanazar, un nativo de la isla de Formosa que llegó a Londres hace más de veinte años procedente de allí. En conversaciones que mi amigo mantuvo con él, le contó que en su país, cuando se ejecutaba a cualquier persona joven, el verdugo vendía el cadáver a gente de categoría como una exquisitez de primera; y que en su época se puso a la venta el cuerpo de una joven oronda de quince años que había sido crucificada por intentar envenenar al emperador; fue el primer ministro de su imperial majestad, junto con otros grandes mandarines de la corte, quien lo compró por cuatrocientas coronas, recién bajado del patíbulo y cortado en pedazos. Es más, no puedo negar tampoco que si se diera ese mismo trato a algunas jovencitas de carnes abundantes que hay en esta ciudad, que no pueden salir a dar una vuelta sin un palanquín aun sin tener una moneda de cuatro míseros peniques como capital, y que aparecen en el teatro o en las reuniones vestidas con exóticas

galas que no pagarán nunca, la situación del reino no podría empeorar.

Hay algunas personas que están consternadas y muy preocupadas por la ingente cantidad de pobres que tienen ya una edad, que están enfermos o tullidos, y me han rogado que dedique mis reflexiones a averiguar qué rumbo puede tomarse para despojar a la nación de una carga tan penosa. Pero yo no siento la más mínima pena, porque es del conocimiento general que a diario se consumen y se mueren tantos como cabría esperar dentro de lo razonable, debido al frío y al hambre o a la mugre y a las alimañas. Y, en cuanto a los jóvenes braceros, ahora se encuentran en una situación igual de alentadora; como no pueden conseguir trabajo, ni tienen para comer, languidecen hasta tal punto que si en cualquier momento son contratados para un trabajo ordinario de manera fortuita, no tienen fuerza para llevarlo a cabo; y por lo tanto, tanto el país como ellos mismos se libran afortunadamente de los males que están por llegar.



Me he desviado mucho del tema, por lo que voy a volver a centrarme en el asunto. Creo que las ventajas de la propuesta que he realizado son obvias y múltiples, así como de la mayor importancia.

Primero, porque como ya he señalado, reducirá enormemente el volumen de papistas que nos invade año tras año, por ser los seres más prolíficos de la nación, lo cual les convierte en nuestro enemigo más peligroso, al permanecer en casa intencionadamente con el propósito de entregar el reino al pretendiente y con la esperanza de ganar ventaja ante la ausencia de tantos buenos protestantes, quienes, en vez de quedarse y pagar diezmos al coadjutor episcopal contra su conciencia, han preferido abandonar su país.

Segundo, los campesinos arrendatarios más pobres tendrán algo propio, algo de valor, algo que se les puede embargar conforme a derecho para ayudar a pagar la renta a su terrateniente, después de que este haya tomado ya posesión de su grano y de su ganado, y el dinero con el que paga sea para ellos desconocido[3].

Tercero, aunque la manutención de cien mil niños de dos años en adelante no puede contabilizarse por menos de diez chelines la pieza al año, las reservas de la nación se verán incrementadas en cincuenta mil libras anuales gracias a eso, sin contar el beneficio que aportará la introducción de un nuevo plato en las mesas de todos los caballeros de fortuna y de gusto refinado que hay en el reino. Y el dinero circulará entre nosotros, pues todos los bienes serán de nuestra propia cosecha y fabricación.

Cuarto, los constantes engendradores, además de ganar ocho chelines al año por la venta de cada hijo, pasado el primer año quedarán exentos de la carga que supone tener que mantenerlos.

Quinto, esta comida supondrá también un buen negocio para las tabernas, donde los dueños serán de hecho lo suficientemente previsores como para hacerse con las mejores recetas y prepararlas a la perfección, y por lo tanto verán cómo sus casas estarán frecuentadas por todos los caballeros selectos, esos que alardean con razón de su conocimiento de la buena mesa. Un cocinero habilidoso, que sepa cómo complacer a sus clientes, se las ingeniará para poner la comida tan cara como ellos estén dispuestos a pagar.

Sexto, esto se convertirá en un gran estímulo para el matrimonio, algo que en todas las naciones sensatas se ha fomentado con recompensas o impuesto con leyes y castigos. Se incrementarán el cuidado y la ternura de las madres hacia sus niños, una vez se cercioren del acuerdo que aportará una retribución vitalicia para las pobres criaturas, dinero que, de alguna manera, facilitará el pueblo y reportará beneficios anuales en vez de gastos. Deberíamos realizar una sencilla prueba entre las mujeres casadas, para ver cuál de ellas sería capaz de llevar el niño más gordo al mercado. Los hombres se mostrarán tan apegados a sus mujeres durante el embarazo como lo

están ahora con sus yeguas, con sus vacas y con sus cerdas preñadas a punto ya de parir; y se olvidarán de su predisposición a golpearlas o patearlas (práctica que es muy frecuente) por miedo a que pierdan el bebé.



Podrían enumerarse otras muchas ventajas. Por ejemplo, que a nuestra exportación de barriles de buey podrán añadirse algunos miles más de reses, que proliferará la carne de puerco y que se mejorará en el arte de fabricar un buen beicon, algo demasiado frecuente en nuestras mesas pero muy escaso entre nosotros a causa de la carnicería realizada con los cerdos; pero nada comparable en sabor u ostentación a un niño de un año, un niño gordo y bien criado que asado en una pieza aportará una presencia notable en la fiesta del alcalde de alguna ciudad importante o en cualquier otra celebración popular. Pero, puesto que se trata de un estudio breve, omitiré esto y otras muchas cosas.

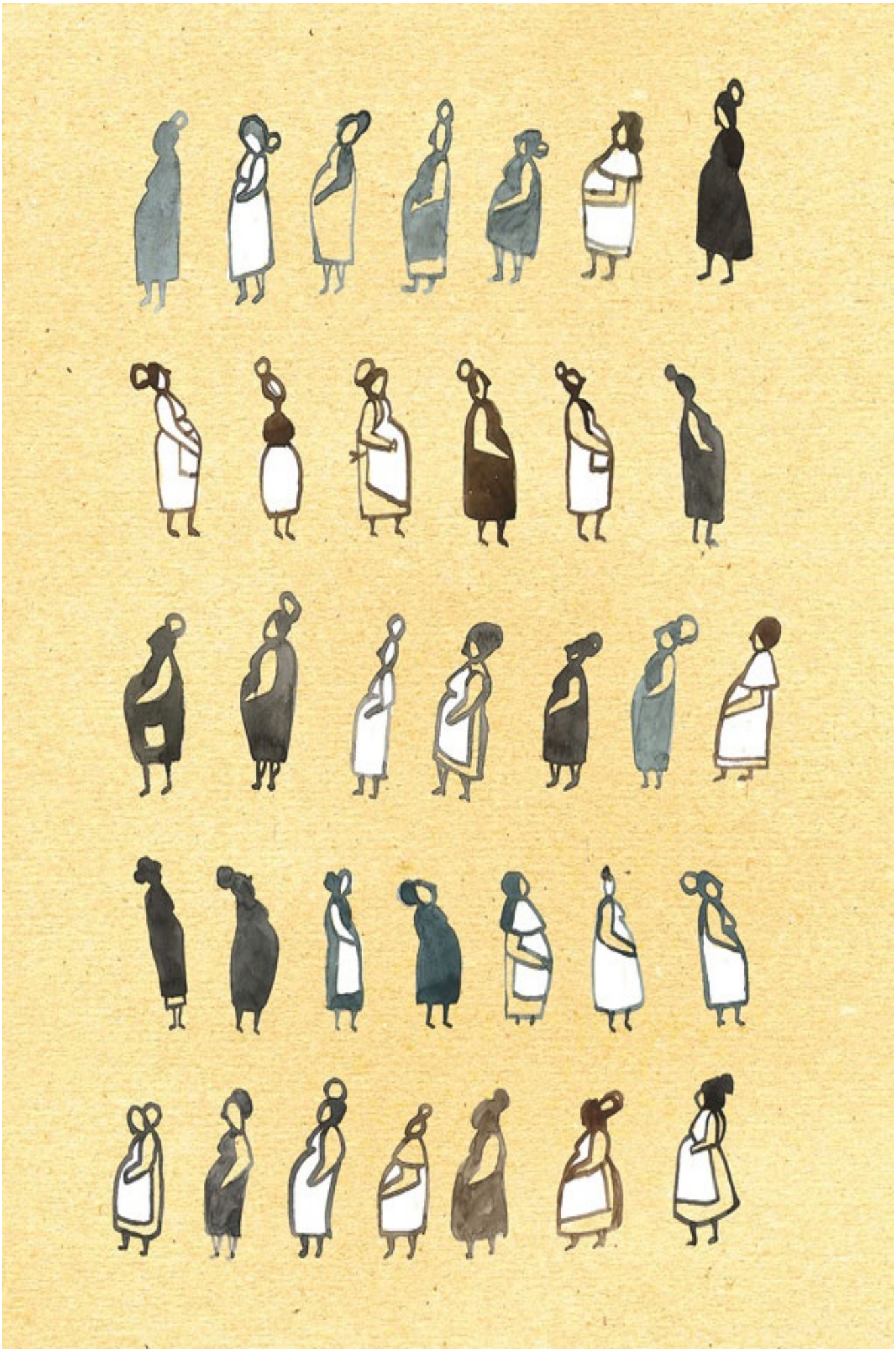
Si suponemos que un millar de familias de esta ciudad serán consumidores habituales de carne de niño, junto a otros que la comerán también con motivo de alguna celebración, en particular en bodas y bautizos, calculo que Dublín se llevará anualmente unos veinte mil despojos, y el resto del reino (donde se venderán probablemente algo más baratos) los ochenta mil restantes.

No puedo pensar en la posibilidad de que alguien se oponga a esta propuesta, salvo si alegan que, con ella, la población del reino se verá muy mermada. Eso es algo que admito de buen grado y, de hecho, esa fue mi intención principal al hacerla pública. Deseo que el lector sea consciente de que calculé este remedio pensando exclusivamente en este Reino de Irlanda, no en ningún otro lugar que haya existido, exista o creo que pueda existir en la tierra. Por lo tanto, que ningún hombre me hable de otros métodos, como: *asignar una imposición de cinco chelines por libra a nuestros ausentes; utilizar solamente ropas o muebles que hayamos fabricado o hecho nosotros; rechazar rotundamente las telas o los instrumentos que fomentan el lujo exótico; subsanar el despilfarro derivado del amor propio, la vanidad, la desidia y el derroche en nuestras mujeres; fomentar la inclinación por la frugalidad, la prudencia y la templanza; aprender a amar nuestro país, algo por lo que nos diferenciamos incluso de los lapones y de los habitantes de Tupinambá; abandonar las hostilidades y las facciones, para no actuar nunca más como los judíos, que mientras su ciudad estaba siendo tomada, ellos andaban asesinándose entre sí; ser algo precavidos para no vender nuestro país y nuestras conciencias a cambio de nada; enseñar a los terratenientes a tratar a sus campesinos arrendatarios como mínimo con algo de piedad; inculcar, por último, en los comerciantes un espíritu de honestidad, industria y habilidad, ya que si pudiéramos tomar ahora la decisión de comprar exclusivamente bienes autóctonos, se aliarían inmediatamente para vengarse y engañarnos en el precio, la cantidad o la calidad, porque si bien se les ha invitado encarecidamente y a menudo a negociar de manera equitativa, nunca se ha conseguido*.

Por lo tanto, repito, que ningún hombre se dirija a mí con asuntos de este tipo o similares, al menos hasta que los acompañe un destello de esperanza a través del cual

pueda vislumbrar que se va a producir un intento claro y sincero de ponerlos en práctica en algún momento.

Pero, en cuanto a mí mismo, cansado ya de ofrecer durante muchos años reflexiones vanas, triviales y visionarias, y de abandonar durante mucho tiempo toda esperanza de conseguir algo, se me ocurrió afortunadamente esta propuesta, que al ser totalmente nueva, tiene por tanto algo de sólida y de real; además, no incurre en gastos, sus inconvenientes son pequeños, recae en nosotros toda la potestad de llevarla a cabo, y con ella no corremos riesgo alguno de desobedecer a Inglaterra. Porque este tipo de mercancías no se puede exportar, ya que la carne tiene una consistencia demasiado tierna como para admitir su conserva en salazón por mucho tiempo, si bien quizá podría nombrar un país que estaría encantado de comerse toda nuestra nación sin sal alguna.



A pesar de todo, no estoy tan ofuscado con mi propio punto de vista como para rechazar la proposición que pueda plantear algún hombre sensato y que pueda considerarse también inofensiva, económica, fácil y eficaz. Pero antes de que se anticipe algo de este estilo contrario a mi plan, digamos una oferta mejor, deseo que el autor o los autores consideren dos hechos con madurez: primero, que piensen cómo van a ser capaces de encontrar comida y ropa para cien mil bocas y espaldas inútiles según están las cosas; y segundo, que hay alrededor de un millón de criaturas con forma humana a lo ancho de este reino, cuya subsistencia total, puesta en un depósito común, equivaldría a una deuda de dos millones de libras esterlinas, y que a los que son mendigos de profesión hay que añadir el montón de granjeros, labradores y braceros, con sus mujeres e hijos, que son mendigos a todos los efectos. Deseo que esos políticos a los que desagrada mi propuesta, y que quizá sean tan audaces como para intentar ofrecer una solución, pregunten primero a los padres de estos mortales si, a día de hoy, no considerarían digno de celebración que les hubieran vendido como comida al año de existencia del modo que yo he recomendado, ya que gracias a eso habrían evitado la continua sucesión de desgracias por las que han pasado desde entonces debido a la opresión de los terratenientes, a la imposibilidad de pagar una renta por carecer de dinero o de negocio, a la falta de sustento básico, de casa o ropa con que resguardarse de las inclemencias del tiempo, y con la perspectiva más que inevitable de que toda su prole acarreará por siempre miserias similares o mayores.

Quiero manifestar de todo corazón que ningún interés personal, por ínfimo que sea, me empuja a promover esta necesaria empresa; que solo pretendo mejorar nuestra industria, manteniendo a los niños, aliviando con ello a los pobres y dando algún placer a los ricos; que no hay otro motivo que el bien de mi país y el de mi pueblo. No tengo hijos con los cuales pueda intentar obtener un solo penique, pues el más joven tiene nueve años y mi mujer ha dejado atrás la edad de concebir.

(Escrita en el año 1729).

A MODEST PROPOSAL

For preventing the children of poor people in Ireland, from being a burden on their parents or country, and for making them beneficial to the public.

It is a melancholy object to those, who walk through this great town, or travel in the country, when they see the streets, the roads and cabin-doors crowded with beggars of the female sex, followed by three, four, or six children, all in rags, and importuning every passenger for an alms. These mothers instead of being able to work for their honest livelihood, are forced to employ all their time in strolling to beg sustenance for their helpless infants who, as they grow up, either turn thieves for want of work, or leave their dear native country, to fight for the Pretender in Spain, or sell themselves to the Barbadoes.

I think it is agreed by all parties, that this prodigious number of children in the arms, or on the backs, or at the heels of their mothers, and frequently of their fathers, is in the present deplorable state of the kingdom, a very great additional grievance; and therefore whoever could find out a fair, cheap and easy method of making these children sound and useful members of the common-wealth, would deserve so well of the publick, as to have his statue set up for a preserver of the nation.

But my intention is very far from being confined to provide only for the children of professed beggars: it is of a much greater extent, and shall take in the whole number of infants at a certain age, who are born of parents in effect as little able to support them, as those who demand our charity in the streets.

As to my own part, having turned my thoughts for many years, upon this important subject, and maturely weighed the several schemes of our projectors, I have always found them grossly mistaken in their computation. It is true, a child just dropped from its dam may be supported by her milk, for a solar year, with little other nourishment: at most not above the value of two shillings, which the mother may certainly get, or the value in scraps, by her lawful occupation of begging; and it is exactly at one year old that I propose to provide for them in such a manner, as, instead of being a charge upon their parents, or the parish, or wanting food and raiment for the rest of their lives, they shall, on the contrary, contribute to the feeding, and partly to the clothing of many thousands.

There is likewise another great advantage in my scheme, that it will prevent those voluntary abortions, and that horrid practice of women murdering their bastard children, alas! too frequent among us, sacrificing the poor innocent babes, I doubt, more to avoid the expense than the shame, which would move tears and pity in the most savage and inhuman breast.

The number of souls in this kingdom being usually reckoned one million and a half, of these I calculate there may be about two hundred thousand couple whose wives are breeders; from which number I subtract thirty thousand couple, who are able to maintain their own children, (although I apprehend there cannot be so many, under the present distresses of the kingdom) but this being granted, there will remain an hundred and seventy thousand breeders. I again subtract fifty thousand, for those

women who miscarry, or whose children die by accident or disease within the year. There only remain an hundred and twenty thousand children of poor parents annually born. The question therefore is, how this number shall be reared, and provided for? which, as I have already said, under the present situation of affairs, is utterly impossible by all the methods hitherto proposed. For we can neither employ them in handicraft or agriculture; we neither build houses, (I mean in the country) nor cultivate land: they can very seldom pick up a livelihood by stealing till they arrive at six years old; except where they are of towardly parts, although I confess they learn the rudiments much earlier; during which time they can however be properly looked upon only as probationers: As I have been informed by a principal gentleman in the county of Cavan, who protested to me, that he never knew above one or two instances under the age of six, even in a part of the kingdom so renowned for the quickest proficiency in that art.

I am assured by our merchants, that a boy or a girl before twelve years old, is no saleable commodity, and even when they come to this age, they will not yield above three pounds, or three pounds and half a crown at most, on the exchange; which cannot turn to account either to the parents or kingdom, the charge of nutriments and rags having been at least four times that value.

I shall now therefore humbly propose my own thoughts, which I hope will not be liable to the least objection.

I have been assured by a very knowing American of my acquaintance in London, that a young healthy child well nursed, is, at a year old, a most delicious nourishing and wholesome food, whether stewed, roasted, baked, or boiled; and I make no doubt that it will equally serve in a fricasie, or a ragout.

I do therefore humbly offer it to publick consideration, that of the hundred and twenty thousand children, already computed, twenty thousand may be reserved for breed, whereof only one fourth part to be males; which is more than we allow to sheep, black cattle, or swine, and my reason is, that these children are seldom the fruits of marriage, a circumstance not much regarded by our savages, therefore, one male will be sufficient to serve four females. That the remaining hundred thousand may, at a year old, be offered in sale to the persons of quality and fortune, through the kingdom, always advising the mother to let them suck plentifully in the last month, so as to render them plump, and fat for a good table. A child will make two dishes at an entertainment for friends, and when the family dines alone, the fore or hind quarter will make a reasonable dish, and seasoned with a little pepper or salt, will be very good boiled on the fourth day, especially in winter.

I have reckoned upon a medium, that a child just born will weigh twelve pounds, and in a solar year, if tolerably nursed, encreaseth to twenty eight pounds.

I grant this food will be somewhat dear, and therefore very proper for landlords,

who, as they have already devoured most of the parents, seem to have the best title to the children.

Infant's flesh will be in season throughout the year, but more plentiful in March, and a little before and after; for we are told by a grave author, an eminent French physician, that fish being a prolific diet, there are more children born in Roman Catholick countries about nine months after Lent, the markets will be more glutted than usual, because the number of Popish infants, is at least three to one in this kingdom, and therefore it will have one other collateral advantage, by lessening the number of Papists among us.

I have already computed the charge of nursing a beggar's child (in which list I reckon all cottagers, laborers, and four-fifths of the farmers) to be about two shillings per annum, rags included; and I believe no gentleman would repine to give ten shillings for the carcass of a good fat child, which, as I have said, will make four dishes of excellent nutritive meat, when he hath only some particular friend, or his own family to dine with him. Thus the squire will learn to be a good landlord, and grow popular among his tenants, the mother will have eight shillings neat profit, and be fit for work till she produces another child.

Those who are more thrifty (as I must confess the times require) may flea the carcass; the skin of which, artificially dressed, will make admirable gloves for ladies, and summer boots for fine gentlemen.

As to our City of Dublin, shambles may be appointed for this purpose, in the most convenient parts of it, and butchers we may be assured will not be wanting; although I rather recommend buying the children alive, and dressing them hot from the knife, as we do roasting pigs.

A very worthy person, a true lover of his country, and whose virtues I highly esteem, was lately pleased, in discoursing on this matter, to offer a refinement upon my scheme. He said, that many gentlemen of this kingdom, having of late destroyed their deer, he conceived that the want of venison might be well supply'd by the bodies of young lads and maidens, not exceeding fourteen years of age, nor under twelve; so great a number of both sexes in every country being now ready to starve for want of work and service: And these to be disposed of by their parents if alive, or otherwise by their nearest relations. But with due deference to so excellent a friend, and so deserving a patriot, I cannot be altogether in his sentiments; for as to the males, my American acquaintance assured me from frequent experience, that their flesh was generally tough and lean, like that of our school-boys, by continual exercise, and their taste disagreeable, and to fatten them would not answer the charge. Then as to the females, it would, I think, with humble submission, be a loss to the publick, because they soon would become breeders themselves: And besides, it is not improbable that some scrupulous people might be apt to censure such a practice,

(although indeed very unjustly) as a little bordering upon cruelty, which, I confess, hath always been with me the strongest objection against any project, however so well intended.

But in order to justify my friend, he confessed, that this expedient was put into his head by the famous Salmanaazor, a native of the island Formosa, who came from thence to London, above twenty years ago, and in conversation told my friend, that in his country, when any young person happened to be put to death, the executioner sold the carcass to persons of quality, as a prime dainty; and that, in his time, the body of a plump girl of fifteen, who was crucified for an attempt to poison the Emperor, was sold to his imperial majesty's prime minister of state, and other great mandarins of the court in joints from the gibbet, at four hundred crowns. Neither indeed can I deny, that if the same use were made of several plump young girls in this town, who without one single groat to their fortunes, cannot stir abroad without a chair, and appear at a playhouse and assemblies in foreign fineries which they never will pay for; the kingdom would not be the worse.

Some persons of a desponding spirit are in great concern about that vast number of poor people, who are aged, diseased, or maimed; and I have been desired to employ my thoughts what course may be taken, to ease the nation of so grievous an encumbrance. But I am not in the least pain upon that matter, because it is very well known, that they are every day dying, and rotting, by cold and famine, and filth, and vermin, as fast as can be reasonably expected. And as to the young laborers, they are now in almost as hopeful a condition. They cannot get work, and consequently pine away from want of nourishment, to a degree, that if at any time they are accidentally hired to common labor, they have not strength to perform it, and thus the country and themselves are happily delivered from the evils to come.

I have too long digressed, and therefore shall return to my subject. I think the advantages by the proposal which I have made are obvious and many, as well as of the highest importance.

For first, as I have already observed, it would greatly lessen the number of Papists, with whom we are yearly over-run, being the principal breeders of the nation, as well as our most dangerous enemies, and who stay at home on purpose with a design to deliver the kingdom to the Pretender, hoping to take their advantage by the absence of so many good Protestants, who have chosen rather to leave their country, than stay at home and pay tithes against their conscience to an episcopal curate.

Secondly, The poorer tenants will have something valuable of their own, which by law may be made liable to a distress, and help to pay their landlord's rent, their corn and cattle being already seized, and money a thing unknown.

Thirdly, Whereas the maintenance of an hundred thousand children, from two years old, and upwards, cannot be computed at less than ten shillings a piece per

annum, the nation’s stock will be thereby increased fifty thousand pounds per annum, besides the profit of a new dish, introduced to the tables of all gentlemen of fortune in the kingdom, who have any refinement in taste. And the money will circulate among ourselves, the goods being entirely of our own growth and manufacture.

Fourthly, The constant breeders, besides the gain of eight shillings sterling per annum by the sale of their children, will be rid of the charge of maintaining them after the first year.

Fifthly, This food would likewise bring great custom to taverns, where the vintners will certainly be so prudent as to procure the best receipts for dressing it to perfection; and consequently have their houses frequented by all the fine gentlemen, who justly value themselves upon their knowledge in good eating; and a skilful cook, who understands how to oblige his guests, will contrive to make it as expensive as they please.

Sixthly, This would be a great inducement to marriage, which all wise nations have either encouraged by rewards, or enforced by laws and penalties. It would increase the care and tenderness of mothers towards their children, when they were sure of a settlement for life to the poor babes, provided in some sort by the publick, to their annual profit instead of expense. We should soon see an honest emulation among the married women, which of them could bring the fattest child to the market. Men would become as fond of their wives, during the time of their pregnancy, as they are now of their mares in foal, their cows in calf, or sow when they are ready to farrow; nor offer to beat or kick them (as is too frequent a practice) for fear of a miscarriage.

Many other advantages might be enumerated. For instance, the addition of some thousand carcasses in our exportation of barrel’d beef: the propagation of swine’s flesh, and improvement in the art of making good bacon, so much wanted among us by the great destruction of pigs, too frequent at our tables; which are no way comparable in taste or magnificence to a well grown, fat yearly child, which roasted whole will make a considerable figure at a Lord Mayor’s feast, or any other publick entertainment. But this, and many others, I omit, being studious of brevity.

Supposing that one thousand families in this city, would be constant customers for infants flesh, besides others who might have it at merry meetings, particularly at weddings and christenings, I compute that Dublin would take off annually about twenty thousand carcasses; and the rest of the kingdom (where probably they will be sold somewhat cheaper) the remaining eighty thousand.

I can think of no one objection, that will possibly be raised against this proposal, unless it should be urged, that the number of people will be thereby much lessened in the kingdom. This I freely own, and ‘twas indeed one principal design in offering it to the world. I desire the reader will observe, that I calculate my remedy for this one

individual Kingdom of Ireland, and for no other that ever was, is, or, I think, ever can be upon Earth. Therefore let no man talk to me of other expedients: Of taxing our absentees at five shillings a pound: Of using neither cloths, nor household furniture, except what is of our own growth and manufacture: Of utterly rejecting the materials and instruments that promote foreign luxury: Of curing the expensiveness of pride, vanity, idleness, and gaming in our women: Of introducing a vein of parsimony, prudence and temperance: Of learning to love our country, wherein we differ even from Laplanders, and the inhabitants of Topinamboo: Of quitting our animosities and factions, nor acting any longer like the Jews, who were murdering one another at the very moment their city was taken: Of being a little cautious not to sell our country and consciences for nothing: Of teaching landlords to have at least one degree of mercy towards their tenants. Lastly, of putting a spirit of honesty, industry, and skill into our shop-keepers, who, if a resolution could now be taken to buy only our native goods, would immediately unite to cheat and exact upon us in the price, the measure, and the goodness, nor could ever yet be brought to make one fair proposal of just dealing, though often and earnestly invited to it.

Therefore I repeat, let no man talk to me of these and the like expedients, ‘till he hath at least some glympse of hope, that there will ever be some hearty and sincere attempt to put them into practice.

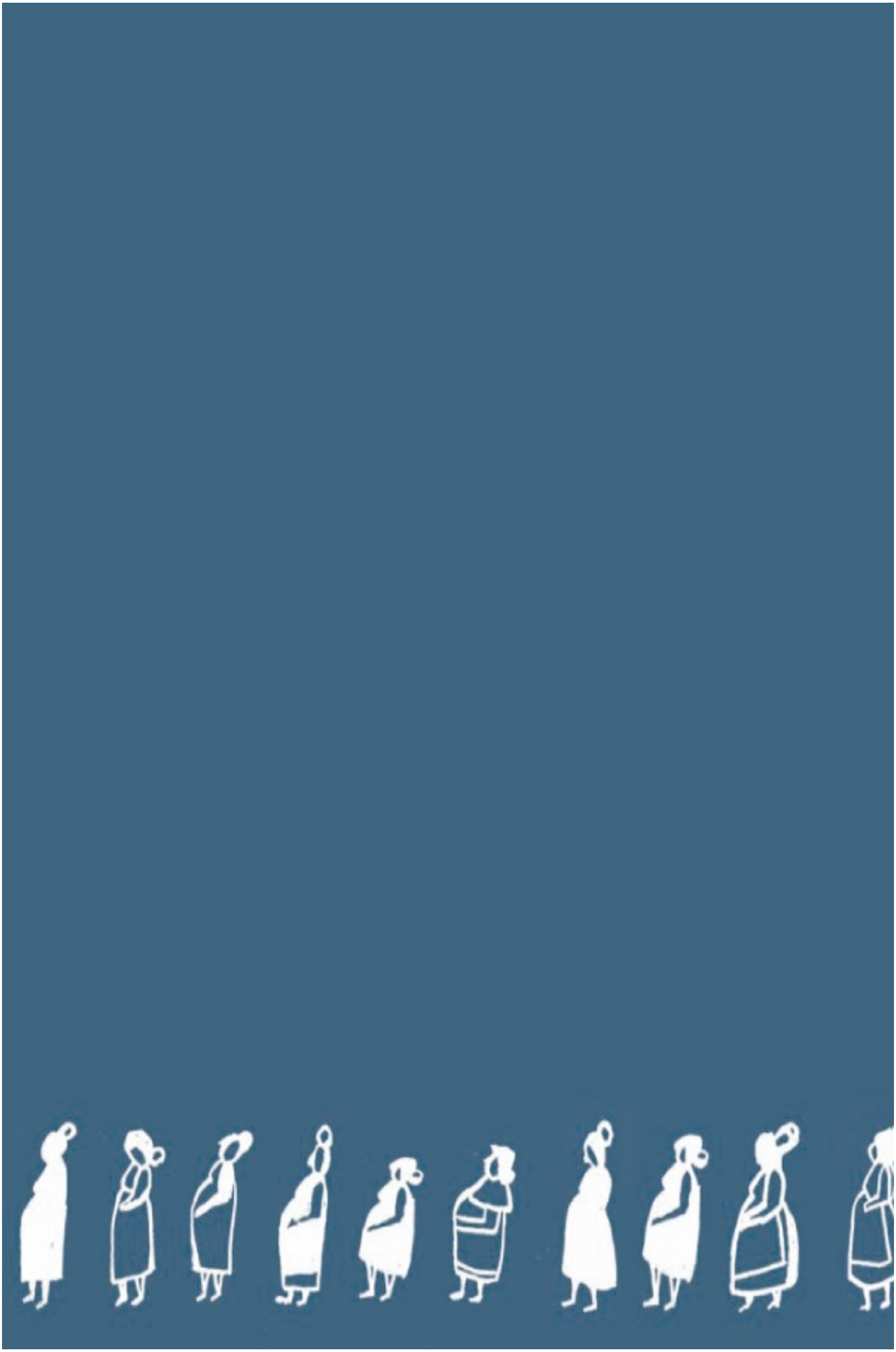
But, as to myself, having been wearied out for many years with offering vain, idle, visionary thoughts, and at length utterly despairing of success, I fortunately fell upon this proposal, which, as it is wholly new, so it hath something solid and real, of no expense and little trouble, full in our own power, and whereby we can incur no danger in disobliging England. For this kind of commodity will not bear exportation, and flesh being of too tender a consistence, to admit a long continuance in salt, although perhaps I could name a country, which would be glad to eat up our whole nation without it.

After all, I am not so violently bent upon my own opinion, as to reject any offer, proposed by wise men, which shall be found equally innocent, cheap, easy, and effectual. But before something of that kind shall be advanced in contradiction to my scheme, and offering a better, I desire the author or authors will be pleased maturely to consider two points.

First, As things now stand, how they will be able to find food and raiment for a hundred thousand useless mouths and backs. And secondly, There being a round million of creatures in humane figure throughout this kingdom, whose whole subsistence put into a common stock, would leave them in debt two million of pounds sterling, adding those who are beggars by profession, to the bulk of farmers, cottagers and laborers, with their wives and children, who are beggars in effect; I desire those politicians who dislike my overture, and may perhaps be so bold to attempt an

answer, that they will first ask the parents of these mortals, whether they would not at this day think it a great happiness to have been sold for food at a year old, in the manner I prescribe, and thereby have avoided such a perpetual scene of misfortunes, as they have since gone through, by the oppression of landlords, the impossibility of paying rent without money or trade, the want of common sustenance, with neither house nor cloths to cover them from the inclemencies of the weather, and the most inevitable prospect of entailing the like, or greater miseries, upon their breed forever.

I profess, in the sincerity of my heart, that I have not the least personal interest in endeavoring to promote this necessary work, having no other motive than the publick good of my country, by advancing our trade, providing for infants, relieving the poor, and giving some pleasure to the rich. I have no children, by which I can propose to get a single penny; the youngest being nine years old, and my wife past child-bearing.





JONATHAN SWIFT. Dublín (Irlanda), 1667 – Ídem, 1745. Escritor político y satírico anglo-irlandés, considerado uno de los maestros de la prosa en inglés y de los más apasionados satirizadores de la locura y la arrogancia humanas. Sus numerosos escritos políticos, textos en prosa, cartas y poemas tienen como característica común el uso de un lenguaje efectivo y económico.

Nacido en Dublín el 30 de noviembre de 1667, estudió en el Trinity College de dicha ciudad. Obtuvo un empleo en Inglaterra como secretario del diplomático y escritor William Temple, pariente lejano de su madre. Las relaciones con su patrón no fueron especialmente cordiales y, en 1694, el joven Jonathan regresó a Irlanda, donde se ordenó sacerdote. Tras la reconciliación con Temple, volvió a su servicio en 1696. Supervisó la educación de Esther Johnson, hija de la recién enviudada hermana de Temple, y permaneció con el caballero hasta su muerte, en 1699. Durante ese tiempo, Swift, aunque tuvo frecuentes discusiones con su patrón, dispuso de gran cantidad de tiempo para la lectura y la escritura.

Entre sus primeros trabajos en prosa se encuentra *La batalla entre los libros antiguos y modernos* (1697), una mofa de las discusiones literarias del momento, que trataban de valorar si eran mejores las obras de la antigüedad o las modernas. En esta obra suya, el autor irlandés se puso de parte de los maestros antiguos y, con gran mordacidad, atacó la pedantería y el espíritu escolástico de los escritores de su tiempo. Su *Historia de una bañera* (1704) es el más divertido y original de sus escritos satíricos. En él, Swift ridiculizó con soberbia ironía varias formas de

pedantería y pretenciosidad, especialmente en los terrenos de la religión y la literatura. Este libro despertó serias dudas sobre la ortodoxia religiosa de su autor, y se cree que, a causa del enfado que produjo en la reina Ana Estuardo, perdió sus prerrogativas dentro de la iglesia de Inglaterra.

Aunque en teoría era un *whig*, Swift mantenía importantes diferencias de criterio con sus compañeros de partido. En 1710, subió al poder en Inglaterra el partido *tory*, y el inconformista autor irlandés se pasó rápidamente a sus filas. Comenzó a dirigir entonces sus ataques contra los *whigs*, a través de una serie de brillantes textos cortos, asumió la dirección del *Examiner*, el órgano informativo de los *tories*, y publicó una gran cantidad de panfletos, en los que defendía abiertamente la política social del gobierno *tory*. De entre esos textos, el más elocuente e influyente fue *El comportamiento de los aliados* (1711), en el cual afirmaba que los *whigs* habían prolongado la Guerra de Sucesión española mirando sólo a sus propios intereses. Este panfleto fue la causa de la dimisión de John Churchill, primer duque de Malborough, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas británicas.

Swift comenzó sus *Cartas a Stella* en 1710. Stella era el nombre que él utilizaba para dirigirse a Esther Johnson, quien por entonces vivía en Dublín. Esta serie de cartas íntimas, en las que aparecen numerosos vocablos propios del lenguaje infantil, revelan un curioso aspecto de la enigmática personalidad del satirista irlandés. Los especialistas no tienen muy claro cuál era el tipo de relación que existía entre tutor y alumna. Es posible incluso que se hubieran casado en secreto. La otra mujer de la que se tiene noticia en la vida de Swift fue Esther Vanhomrigh, también alumna suya, hija de un comerciante de Dublín de origen holandés, y a la que él llamaba Vanessa. Esta se enamoró perdidamente de su tutor, pero él no correspondió nunca a ese amor.

En 1717, fue nombrado deán de la catedral de San Patricio de Dublín. Al año siguiente, el partido *tory* perdió el poder y su influencia política desapareció por completo. Entre 1724 y 1725 publicó anónimamente *Cartas de Drapier*, una serie de apasionados y efectivos panfletos en los que intentaba defender la validez de la moneda irlandesa, y que ocasionaron el fin del permiso otorgado por la corona a un comerciante inglés para acuñar monedas en Irlanda. Por esta y otras obras en las que apoyaba las reivindicaciones de su pueblo, se convirtió en un héroe entre los nacionalistas irlandeses. *Una humilde propuesta* (1729), uno de estos textos reivindicativos, incluye una propuesta especialmente irónica, la de que los niños irlandeses pobres podían ser vendidos como carne para mejorar la dieta de los ricos, pues con ello se beneficiarían todos los sectores sociales.

La obra maestra de Swift, *Viajes a varios lugares remotos del planeta*, titulada popularmente *Los viajes de Gulliver*, fue publicada como anónimo en 1726 y obtuvo un éxito inmediato. A pesar de que fue concebida originalmente como una sátira, un ataque ácido y alegórico contra la vanidad y la hipocresía de las cortes, los hombres

de estado y los partidos políticos de su tiempo, el autor fue añadiendo, durante los seis años que tardó en escribirla, desgarradas reflexiones acerca de la naturaleza humana. *Los viajes de Gulliver* es, por tanto, una obra salvajemente amarga y, en ocasiones, indecente; una desabrida burla a la sociedad inglesa de su tiempo y por extensión al género humano. Aún así, es una narración tan imaginativa, ingeniosa y sencilla de leer, que el primer libro ha permanecido como un clásico de la literatura infantil. El cuarto libro, *Gulliver en el país de los houyhnhnms*, suele eliminarse de muchas ediciones juveniles por su excesiva mordacidad, ya que en el fondo lo que está planteando Swift es que la compañía de los animales —de los caballos, concretamente— es preferible y más estimulante que la de muchos humanos.

Sus últimos años, tras las muertes de Stella y Vanessa, se caracterizaron por una creciente soledad y asomos de demencia. Sufrió frecuentes ataques de vértigo y, tras un largo periodo de decadencia mental, murió el 19 de octubre de 1745. Fue enterrado en la catedral de la que había sido deán, junto al sepulcro de Stella. Su epitafio, escrito por él mismo en latín, reza: «Aquí yace el cuerpo de Jonathan Swift, D., deán de esta catedral, en un lugar en que la ardiente indignación no puede ya lacerar su corazón. Ve, viajero, e intenta imitar a un hombre que fue un irreductible defensor de la libertad».

RAQUEL MARÍN. Pradejón, La Rioja (España), 1980. Ilustradora española. Realizó la carrera de Bellas Artes en Cuenca y un ciclo formativo de ilustración en Logroño y Badalona. Desde 2004 reside en Barcelona y trabaja como ilustradora *freelance*.

En 2007 ganó el premio Injuve de Ilustración. Ese mismo año empezó a publicar sus primeras portadas y a colaborar con revistas. Desde 2008 sus obras aparecen semanalmente en la sección de opinión del diario *El País*. Hasta el momento a ilustrado siete libros.

Notas

[1] Swift se refiere al «viejo pretendiente» al trono inglés, Jacobo III Estuardo. *(N. de la T.).* <<

[2] Swift introduce esta irónica insinuación, pues la mayoría de los carniceros de Irlanda eran católicos. *(N. de la T.).* <<

[3] En 1722 la corona inglesa autorizó que se acuñaran una serie de monedas de cobre en Irlanda, las cuales fueron rechazadas por el pueblo irlandés por considerar que carecían de valor. Un año más tarde aproximadamente, tras duras críticas, este permiso fue vetado. *(N. de la T.).* <<